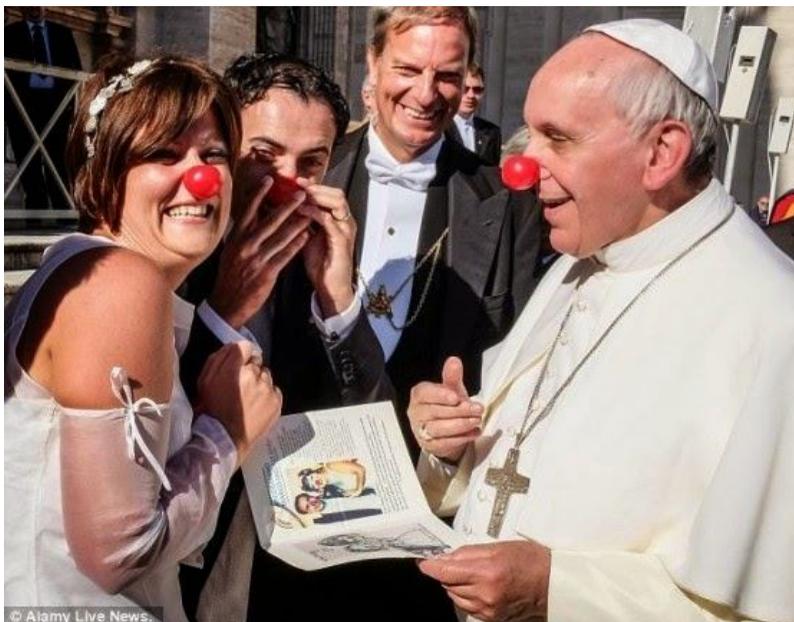


TRES AÑOS CON FRANCISCO

La impostura bergogliana

Miles Christi



« Que nadie se equivoque : de Dios nadie se burla » (Gal. 6, 7)

Ediciones San Vicente Ferrer

– 2016 –

A Jesús y María con amor



Éditions Saint-Remi
BP 80 – 33410 CADILLAC
FRANCE
www.saint-remi.fr

ÍNDICE

Índice.....	3
Nota preliminar	5
Prefacio: <i>Genealogía, ocasión y ventura de Francisco</i>	8
Introducción: <i>Hoy: la devastación</i>	24
El extraño pontificado del Papa Francisco	27
Blasfemoglo: crónicas de un impío	74
Francisco, el sínodo de obispos y los marcianos.....	116
Francisco y su <i>alter ego</i> : del fotomontaje a la realidad.....	124
Francisco y la « buena onda ».....	133
Los discursos masónicos de Francisco.....	139
Francisco, « rabino de referencia ».....	145
Francisco el Destructor: una antología del « magisterio » bergogliano.....	163
Documentos sobre la heterodoxia del Cardenal Bergoglio.....	183
Francisco y la raíz de los males sociales	201
Sobre la beatificación de Pablo VI.....	204
Adivinanzas bergoglianas	211
La « impotencia » de Dios según Francisco	215
« No hay respuesta al sufrimiento ».....	219
Sobre un artículo de <i>Mundabor</i>	222
Últimas fechorías de Francisco	225

Francisco en Lesbos: La inmigración musulmana es un don para Europa...	243
La falsa paz sin verdad de Francisco.....	252
Bergoglio, maestro del engaño.....	256
Conclusión: <i>Mañana : la liberación</i>	266
Postfacio: <i>Crisis terminal y papolatría</i>	269

NOTA PRELIMINAR

La mayor desgracia para un siglo o para un país, es el abandono o la disminución de la verdad. Podemos recuperarnos de todo lo demás, pero jamás se recupera uno del sacrificio de los principios. (Monseñor Freppel)

Quienquiera que ama la verdad aborrece el error y este aborrecimiento del error es la piedra de toque mediante la cual se reconoce el amor a la verdad. Si no amáis la verdad, podréis decir que la amáis e incluso hacerlo creer a los demás; pero estad seguros que, en ese caso, careceréis de horror a lo que es falso, y por esta señal se reconocerá que no amáis la verdad. (Ernest Hello)

¡Basta de silencios! ¡Gritad con cien mil lenguas! Porque por haber callado, el mundo está podrido. (Santa Catalina de Siena)

Mis centinelas son ciegos, no tienen inteligencia. Son perros mudos que no pueden ladrar. Se acuestan somnolientos, pues son amigos de dormir. (Isaías 56, 10)

Los enemigos declarados de Dios y de la Iglesia deben ser atacados y censurados con toda la fuerza posible. La caridad obliga a gritar “¡al lobo!” cuando un lobo se ha introducido en medio del rebaño y aun en cualquier lugar en que se lo encuentre. (San Francisco de Sales)

Que un simple feligrés, completamente ignoto y carente de pergaminos, se decida a tomar la iniciativa de publicar una recopilación de artículos atacando a quien ocupa la sede petrina podrá sin dudas ser considerado como un gesto escandaloso por algunos, lisa y llanamente demencial por otros. Y con mucha razón.

Con la salvedad siguiente: ése sería el caso en circunstancias normales en la vida de la Iglesia, las que por cierto distan muchísimo de ser las actuales. Se trataría de un acto escandaloso, insensato y merecedor de una reprobación sin atenuantes si adoptara semejante actitud ante un auténtico pastor que condujese el rebaño de Cristo hacia el Cielo, guiado por la revelación divina y por el magisterio de la Iglesia. Este opúsculo sería evidentemente imperdonable si tuviese por blanco a un

pastor que protegiera a las ovejas de los falsos doctores, si cargase contra un hombre de Dios que las resguardara de las jaurías de lobos rapaces que buscan seducirlas con sus falsas doctrinas y pervertirlas con sus malos ejemplos.

Pero resulta que ésa no es la situación en la que nos hallamos. Ni remotamente. No percatarse de ello es como no ver el sol en pleno mediodía. Es por ese motivo que, en las circunstancias presentes, este acto de denuncia es no solamente justificado sino particularmente necesario. La razón es muy simple: nos encontramos ante alguien que, en vez de confirmar a sus hermanos en la fe, se dedica a escandalizarlos sin solución de continuidad, con un frenesí diabólico y dando muestras de un atrevimiento sin límites. Los hechos a los que aludo, de público conocimiento, son tan numerosos y tan elocuentes que se podrían llenar bibliotecas enteras si se consignaran en los anales del actual «pontificado» y se llevara una crónica meticulosa de su verborrágico e incontinente pseudo magisterio mediático.

Que «no existe un Dios católico», que «no me interesa» la religión en la que se eduque a los niños, que se puede «encontrar a Dios» en cualquier religión del «amplio abanico» existente, que Dios no hace «magia» sino que utiliza la «evolución», que Jesús no multiplicó los panes y los peces sino que enseñó a sus discípulos a «compartir», que María se rebeló contra Dios al pie de la Cruz y lo llamó «mentiroso», que lo que el mundo necesita hoy en día es una «conversión ecológica», que el proselitismo es una «solemne tontería», que la fe es incompatible con la «certeza», que la raíz de la felicidad reside en «vivir y dejar vivir» y un sinfín de otras declaraciones del mismo tenor, absolutamente inconcebibles no ya en boca de un papa, sino de cualquier cristiano...

Blasfemias escalofriantes que trasuntan una impiedad luciferina, todas ellas vomitadas por quien pasa por ser, a los ojos del mundo, nada menos que el «Vicario de Jesucristo» y el

«Soberano Pontífice» de la Iglesia Católica. Ni más ni menos. Ver para creer...

En estos tiempos de confusión generalizada hay que evitar caer en la trampa sutil, falso dilema y diabólica celada, de sentirse desgarrado entre una obediencia engañosa, descarriada de su fin último, y la defensa incondicional de la fe ultrajada. Desafiar y desacreditar a la autoridad legítima es sin lugar a duda una falta grave y eminentemente reprobable. Guardar silencio ante la manifestación desembozada del misterio de iniquidad en la persona de un falso profeta y de un pastor inicuo no lo es menos.

PREFACIO

Genealogía, ocasión y ventura de Francisco

Ab homine inicuo et doloso erue me (Ps 42, 2)

Causa subjetiva que motivó siempre la aparición y el contagio de las herejías es el escándalo, el tropiezo con el misterio revelado. «Feliz de aquel para quien Yo no sea motivo de tropiezo», dice el Señor, alabando con esto al alma que, por una empatía misteriosa a su vez (el inexplicable don de la fe), recibe con rendido crédito esa noticia suprarracional que tiene en el Redentor a su garante y causa.

Si por boca de sus doctores la Iglesia ha remitido una y mil veces el crimen de herejía (especialmente en caso de contumacia) al pecado capital de la soberbia, no es menos de advertir, en aparente paradoja, que nunca como en la herejía la exigua perspectiva humana ha confesado a su despecho su imposibilidad de proporcionarse a la mente divina: ocurre aquí que los hombres, conscientes de no poder «ser como dioses», se afanan en restarle a la Verdad revelada aquello que sobrepasa la humana comprensión. De lo que se trata ya no es de querer emular insensatamente a un Dios inalcanzable sino de rebajar a Dios al mero nivel de la razón humana, de anteponer al Logos divino el librepensamiento: tal el talante que la soberbia cobra en estas ocasiones. Ya Bossuet había señalado que así como es de católicos el avenirse al común sentir de la Iglesia -y acá queda glosada la nota de «universalidad»-, hereje es aquel que se aferra a sus propias ideas, digamos el hombre de opiniones particulares.

Admitido el móvil de las herejías, entonces, en la aversión a lo sobrenatural, la consecuencia que se sigue es el carácter más o menos naturalista de todas ellas. De donde la ponderada, morosa simplificación a escala humana del contenido mismo de la fe. Por eso san Cipriano de Cartago dijo que la labor de los herejes era la de reducir la Iglesia a una dimensión meramente humana, *humanam conantur facere Ecclesiam*. Esto vale incluso para aquellas herejías

as que, negadoras del orden visible, contrariando al cabo la Encarnación, acaban separando irreconciliablemente tierra y cielo. Digamos un poco con Sartre que la heterodoxia es siempre una forma de humanismo.

Ejemplos históricos cunden, todos en la misma dirección, ora negando la unión hipostática, ora la necesidad de la gracia. Con el consabido reparo de que Mahoma no fue nunca cristiano -lo que lo exime, en rigor, de ser llamado “heresiarca”-, valga apelar con Belloc *herejía* al Islam, por haber intentado restablecer una religión puramente natural después de que Dios se dignara hablar a través de su Palabra. Esa simplificación brutal que Mahoma intenta de un cristianismo conocido apenas de oídas -como de vino nuevo que se vierte en odres viejos-, esa torsión naturalista de la religión en los tiempos nuevos de la Redención no pudo menos que arrojar frutos tan odiosos como la permisión de la poligamia y el fomento del odio homicida, hitos infrarracionales que documentan el fracaso de este género de empeños y que debieran servir a los doctrinarios de la moderna antropolatría para anticiparse al abismo de males que resulta de la recusación voluntaria del misterio.¹

Todo lo dicho hasta aquí sirva para situar nuestro tiempo en sus reales coordenadas, cuajadas por el avance de opiniones particulares de teólogos y prelados (incluyendo a los mismos pontífices) contra aquel *quod semper, quod ubique, quod ab omnibus* que san Vicente de Lerins cifraba como distintivo de la fe auténtica. Y que incluyen, como graciosa concesión a la humana ansia de novedad y para ofensa del carácter ucrónico de la verdad, la alteración del ritual de los sacramentos -siendo señaladamente sensible entre

¹ Por lo demás, la herejía subsiste parasitando a la religión verdadera, de la que no constituye sino un deslucido remedo. Así como el demonio es el « mono de Dios », las herejías -que lo tienen siempre por fautor- acaban por ofrecer una imitación simiesca de la Iglesia. Con razón dice el Código de Graciano (siglo XII), con palabras de acuciante actualidad en nuestro días, que « el hereje es como a manera de los simios que, no siendo hombres, imitan la imagen humana. Reclama para sí la apariencia de la Iglesia católica y su autoridad y su verdad, no siendo parte de la Iglesia. Bendice lo que Dios maldice; aunque profano, se arroga la administración del sacerdocio y prepara un altar sacrílego ».

todos, por su centralidad y asiduidad, el de la Eucaristía-, la corrección del texto del Padrenuestro y la adición de cinco misterios al rosario, que se dijo facultativa y terminó siendo de fáctica imposición. Esta consagración del cambio por el cambio mismo vino a pagar su tributo en especies al movilismo moderno, lo que sólo sirvió para corroer un poco más la menguada conciencia de la inmutabilidad que nuestros contemporáneos aún le conceden a algunas poquísimas cosas¹. Nuevo el catecismo, nuevo el derecho canónico, remozado el proceso de canonizaciones, todo sirve para alentar a aquellos postulantes al doctorado en leyes o en ciencias económicas a que sigan encabezando sus tesis con citas de Heráclito, o a que aquel otro fulano víctima de la reingeniería social continúe sosteniendo el teorema incontrovertible de la perpetua vacilación de lo real.

El motor eminentísimo de estas alteraciones en el seno de la disciplina y la ley eclesiástica-que suponen una alteración real de la doctrina y la potencian- es una herejía, y precisamente aquella que san Pío X motejó como a « sumidero » o « cloaca » de todas ellas: el modernismo. Cuya eficacia depende no tanto de la negación puntual de este o aquel dogma sino en la oblicua oposición a todos, y en la disolución de los motivos de credibilidad en un presunto “sentimiento religioso” irreductible a fórmulas y a conceptos. Lo informe, en su doble acepción de *impreciso* y *fêo*: tal el prin-

¹Con el acostumbrado exhibicionismo de sus premisas, Francisco ratificó el moderno paradigma del “cambio” en el curso de una de sus recientes homilías: « los cristianos detenidos en el ‘se ha hecho siempre así’ tienen un corazón cerrado a las sorpresas del Espíritu Santo y jamás llegarán a la plenitud de la verdad porque son idólatras y rebeldes [...] Los cristianos obstinados en el ‘siempre se ha hecho así’, ‘éste es el camino’, ‘ésta es la senda’, pecan: pecan de adivinación. La obstinación también es pecado de idolatría: ¡el cristiano obstinado peccal » (homilía del 18/01/16). No se sabe si admirar más la notoria detonación de epítetos contra los que aún tratan de guardar el depósito de la fe y el culto en tiempos de universal naufragio, o la mañosa utilización del nombre de Dios para unos fines tan siniestros. Convéngase, por lo demás, que esta exaltación del cambio por el cambio no supone en las mentes de sus promotores una concesión a la fortuna ciega, una loca opción por lo aleatorio, sino un programa bien definido hacia la completa apostasía.

cipio y el término, tal la atmósfera en que se ha consumado la claudicación de la fe, que es afirmativa de suyo, que hace derivar, por connaturalidad, la *formositas* de la *veritas*, y que estriba en un juicio cuya omisión supone, por lo mismo, la disolución de todo el organismo sobrenatural que le es anejo.¹

Si, como decimos, las herejías todas implican la autoafirmación del hombre mediante el expediente de enfrentar la opinión humana a la Revelación divina, ésta del modernismo y sus retoños (*nouvelle théologie*, progresismo, teología de la liberación, etc.) se han abocado a explicitar sin disimulos este hábito prometeico, al punto de sustituir la salvación de las almas, como finalidad de la religión, por la demiurgia -esto es, por la promoción social. Acabadamente lo demuestran, en esta escalada post-conciliar, la reducción del ayuno eucarístico y la irresistible tendencia a otorgar la comunión sacramental sin restricciones a todo aquel que la pida, concibiéndose la manducación del sacrosanto Cuerpo de Cristo un derecho, que no un don divino, al que puede uno allegarse sin la menor veneración, sin siquiera respeto, recibéndolo incluso en las manos, pudiendo ser distribuido por laicos, e incluso -con ocasión de las masivas misas papales- en vasitos de plástico.

Agréguese al mismo título el práctico finiquito de los rigores cuaresmales y la celebración de encuentros multitudinarios presididos por el Papa que, despojado de todos sus ornamentos de antaño,

¹Romano Amerio, en su *Iota Unum* (XVIII, §165), señala cuánto la nueva teología suponga a la fe adscrita « más que a la *estabilidad* del asentimiento, a la *movilidad* de la perpetua rebusca. Se llega a decir que una fe auténtica debe entrar en crisis, atravesar la tentación, alejarse cuanto sea posible de un estado de reposo [...] La parte errónea de esta concepción está en el tomar por *humildad* una disposición de ánimo que, en verdad, es de exquisita *soberbia*. Quien en los hechos prefiere la búsqueda de la verdad a la verdad misma, ¿qué es lo que prefiere? Prefiere el *propio movimiento subjetivo* y la agitación vital del Yo a aquel valor en el que detenerse y en el cual le es dado el propio movimiento subjetivo. Hay, en fin, una posposición del Objeto al sujeto y un presupuesto antropotrópico inconciliable con la religión, que quiere la subordinación de la criatura al Creador y enseña que, de tal modo subordinada, la criatura encuentra su propia satisfacción y su propia perfección ».

viene a satisfacer más la emotividad de las turbas que una improbable aspiración sagrada de las mismas. Sin olvidar las periódicas pamplinas que, a modo de perogrullesco diagnóstico de la actualidad social, destilan las burocráticas conferencias episcopales. Y como todo es un servicio al hombre, que ya no a Dios, pudo proclamarse a los cuatro vientos que la Iglesia es « experta en humanidad », en una fórmula indecorosa muy por debajo del célebre apotegmadel comediante Terencio, dela que parece haber tomado inspiración (*homo sum, et humani nihil a me alienum puto* : « soy hombre, y nada de humano lo tengo por ajeno ») y diluir la ya ardua noción de « cuerpo místico de Cristo » en la muy más módica de su « cuerpo social ».

La promoción de la herejía dentro de la Iglesia, tiznando ya la enseñanza oficial desde el último concilio y enturbiando desde entonces aun los propios documentos pontificios (bien que en forma lo bastante ambigua y desleída, como para no excitar alarmas más que en las conciencias más atentas), logró en escasos años una especie de trasiego de profanidad en el interior de sus estructuras visibles, digamos una como “mutación sustancial” que haría los usos de la Iglesia conciliar irreconocibles a nuestros ancestros en la fe¹. Quedó la división en diócesis, quedó la organiza-

¹No se tenga a la denominación « Iglesia conciliar » como un mero mote despectivo, que parece haber sido acuñada por miembros de la mismísima Jerarquía a ella pertenecientes. En efecto, con ocasión de una nota fechada a 25 de junio de 1976 que el entonces sustituto de la Secretaría de Estado del papa Paulo VI, monseñor Giovanni Benelli, giró por escrito a monseñor Marcel Lefebvre de parte del Papa, se dice que « [si los seminaristas de Ecône] tienen buena voluntad y están preparados seriamente para un ministerio presbiteral en la verdadera fidelidad a la iglesia conciliar, nos encargaremos de encontrar inmediatamente la mejor solución para ellos ». Esta confesión de parte, que no reclama precisamente obediencia a la Iglesia católica sino a una heterónima, dio lugar a un excelente estudio de monseñor Tissier de Mallerais en el que el autor, luego de preguntarse si « existe una iglesia conciliar, sociedad constituida y distinta de la Iglesia Católica, que difiere de ella si no por sus miembros al menos por sus objetivos », concluye afirmativamente, precisando entre otras cosas que esta sociedad sustituta y usurpadora, yuxtapuesta y confundida con la Iglesia, se encuentra, por razón de su mismo carácter, abocada a su autodestrucción (puede consultarse el texto en:

ción jerárquica, quedaron los templos y las congregaciones, la curia, los seminarios y las escuelas, pero el contenido es increíblemente otro. Y no es que en el inmediato pre-concilio la Iglesia transitara una plenitud, que sobran los testimonios que hablan de una práctica rutinaria del culto de parte de clérigos y fieles como así también de una deficiente formación doctrinal en las católicas casas de estudio, entre otras calamidades. Pero a cincuenta años de la clausura del Vaticano II aquel espíritu de rutina y aquella incuria subsisten, incólumes, aplicados ahora a las novedades laboriosamente introducidas a los fines de “dinamizar” la vivencia religiosa, con la añadidura de una general e irremontable corrupción de la inteligencia de la fe.

Es en este contexto desértico en el que pululan chacales y víboras sin cuento que, después de una sospechosa dimisión papal -única, entre las escasísimas en la historia de la Iglesia, por el motivo invocado: la *ingravescens aetas* (edad avanzada)-, hace su irrupción un pontífice que reúne en un solo envase chabacanería e impostura, astucia y arribismo, benevolencia con los enemigos de Cristo y rencor indisimulado hacia todo lo que huelga a piedad tradicional-dobladas ambas con el más ostensible espíritu de provocación-, probable desequilibrio psíquico bajo la peligrosa especie de la psicopatía, notoria chatura intelectual y un uso de la palabra y de la imagen que resulta escandaloso para las conciencias pías, todo aderezado con la promesa explícita, de acre sabor a soberbia, de que en cuestiones de gobierno eclesiástico no cejará « hasta que las reformas emprendidas sean irreversibles », como si se tuviera a sí mismo poco menos que por el refundador de la Iglesia. Por si todo esto fuera poco, y aunque no sin las fisuras inherentes al arte de engañar, se ha dispuesto un vastísimo aparato publicitario a su servicio y al de las turbas ávidas de exhibiciones juglarescas. Se ha repetido a menudo, con el salmista, que la elección de Bergoglio

https://www.academia.edu/14954785/_Existe_una_iglesia_conciliar_POR_MONS_BERNARD_TISSIER_DE_MALLERAI). No hace falta precisar que los seminarios vacíos y la decreciente tasa de bautismos, matrimonios, asistencia a misa, etc., dan holgada cuenta de esto último.

se debió « a causa de nuestras iniquidades »; se ha recordado aquel viejo adagio que reza que « Dios castiga a los pueblos extraviados entregándolos a malos gobernantes », y esto es cierto y perfectamente aplicable al caso, pero ¿es esta resignación todo lo que podemos cultivar respecto de una calamidad de tal calibre?

En primer lugar, y para entender el carácter y el móvil de este castigo, debe convenirse en que, así como el eclipse no es repentino sino que las sombras van cubriendo gradualmente al cuerpo celeste en su lento repliegue, o como ocurriría en una gradación cromática o en una procesión duradera de traspiés y solecismos, la irritante concentración de soflamas anticristianas que le debemos a Bergoglio (que veremos amplia aunque no exhaustivamente reseñadas en las páginas de este libro: agotar su elenco, ¡válganos Dios!, sería imposible) tiene sus antecedentes, bien que más discretos y dispersos, en el magisterio -ordinario por todo concepto- del último medio siglo. Así como el Concilio Vaticano II, aparte de evidenciar la tumorización del modernismo en el interior de la Iglesia, puede justamente suponerse un castigo a la rutinización de la vida religiosa en las generaciones que lo precedieron, el escándalo Bergoglio constituye la condigna punición a la Iglesia conciliar, hecha de voluntades anestesiadas por el progresivo avance de las sombras -o, lo que es lo mismo, fundadas sobre la rutinización ya no de la piedad sino del error connaturalizado.

Sólo por citar unos pocos ejemplos del protagonismo que Bergoglio concede a las tesis de los que lo precedieron, y que él se ha propuesto apremiar de una vez por todas: su abusiva acepción de « misericordia » puede reclamar con justicia la paternidad de Juan XXIII, que en la sesión inaugural del Concilio por él mismo convocado señaló que la Iglesia « en el día de hoy prefiere hacer uso de la medicina de la misericordia más bien que de las armas de la severidad », y esto no aplicado a las personas que yerran sino -tres veces inadmisible- como actitud a adoptar ante la multitud de errores pululantes. Cuando en la sesión de cierre de aquel malhadado concilio Paulo VI proclamó que en esos sagrados recintos

« la religión del Dios que se hizo hombre se encontró con la religión del hombre que se hace dios », resultando de ello no « una lucha, una batalla, una condena » sino « un sentimiento de simpatía sin límites », se estaba anticipando eficazmente al grotesco humanismo (en clave pauperista) de su actual sucesor, aquel que no se arrodilla nunca ante las Sagradas Formas aunque invita a hacerlo « en presencia del primer pobre que ingrese al templo », pues el misterio de la Encarnación del Verbo se identificaría estrechamente con la « carne de los pobres ». Juan Pablo II, desde su primera encíclica, ya se había encargado de repetir a este respecto aquel vidrioso pasaje de la *Gaudium et spes*: « por su Encarnación, el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre ». Francisco le da su especificación pauperista. Para no vincular los reiterados deseos dirigidos por el papa porteño a los musulimes para que éstos obtengan « abundantes frutos espirituales del Ramadán » con aquel vergonzoso saludo de Paulo VI al embajador marroquí en Roma el 4 de junio de 1976, cuando llamó a los musulmanes « nuestros hermanos en la fe en el Dios único », o con aquel célebre beso que Juan Pablo II le estampó al Corán en uno de sus numerosísimos viajes.

El mismo que, a la sombra de la pavorosa declaración *Nostra Aetate*, vino a descubrir en Maguncia (17 de noviembre de 1980) que « la Antigua Alianza jamás fue revocada », dando pábulo a Bergoglio para prodigarse en mil parecidos arrumacos con los del Talmud. También en su habitual abstención del juicio tocante a la introducción de leyes civiles contrarias al orden natural, Bergoglio puede apoyarse en el nuevo concepto de « libertad religiosa » consagrado por el último concilio, que supone en verdad la aconfesionalidad del Estado y da pie a una especie de averroísmo o « doble principio » de la autoridad con total autonomía del orden político respecto del religioso, concepción refrendada oportunamente por Benedicto XVI con su chirriante concepto de « sana laicidad »¹.

¹El contenido de este concepto ratzingeriano queda abundantemente esclarecido en la *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los*

Esta genealogía reciente de claudicaciones, decíamos, es imprescindible para comprender la llegada de Bergoglio al solio de Pedro. En la Iglesia conciliar se cumple ese doble y coincidente movimiento que comprende la recusación del misterio y la glorificación del hombre, la *aversio a Deo et conversio ad creaturam* elevada a

católicos en la vida política, emitida bajo el pontificado de Wojtyła (2003) por el entonces Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Allí se dice que « la promoción en conciencia del bien común de la sociedad política no tiene nada que ver con la “confesionalidad” o la intolerancia religiosa », nociones estas últimas que vienen sorprendentemente a identificarse, como si los Estados católicos de antaño hubiesen demostrado necesariamente intolerancia para con las minorías religiosas residentes bajo su jurisdicción. Aún más: como si en los siglos que siguen a la Redención fuera admisible alcanzar el bien común de la sociedad prescindiendo del debido homenaje a Jesucristo. En la misma *Nota* se alerta, a su vez, contra « cualquier tipo de confusión entre la esfera religiosa y la esfera política », confusión que —huelga aclararlo— no subyace necesariamente a la confesionalidad del Estado: la teoría de las dos espadas gozó del mayor arraigo en tiempos del Sacro Imperio, esto sin omitir la preeminencia del poder espiritual por sobre el temporal por la misma naturaleza de las cosas. Por último, en su afán de equilibrista y por mor de la mutua concordia de ambos poderes aun cuando ambos apunten en direcciones divergentes, Ratzinger concede que los « actos específicamente religiosos (profesión de fe, cumplimiento de actos de culto y sacramentos, doctrinas teológicas, comunicación recíproca entre las autoridades religiosas y los fieles, etc.) » queden « fuera de la competencia del Estado, el cual no debe entrometerse ni para exigirlos o para impedirlos, salvo por razones de orden público ». En cambio, « el reconocimiento de los derechos civiles y políticos, y la administración de servicios públicos no pueden ser condicionados por convicciones o prestaciones de naturaleza religiosa », acá sin excepciones que subrayar. Queda claro que, omitida la supremacía de lo espiritual y establecida una engañosa autonomía del poder civil respecto del fin último (que no puede ser, hablando en cristiano, « la promoción de la persona humana » sino la gloria de Dios), sólo la espada temporal goza de alguna prerrogativa de injerencia en las cosas que no le son inherentes. Esta voluntaria garantía que la Iglesia se apresura a otorgar a un poder político que prescinde explícitamente de Dios (Benedicto XVI llega temerariamente a reclamar, en su encíclica *Caritas in veritate*, § 67, la entronización de una única autoridad política mundial) constituye uno de los “signos de los tiempos” más estremecedores. « *Et vidit aliam bestiam ascendentem de terra [...] et potestatem prioris bestiae omnem faciebat in conspectueius: et fecit terram, et habitantes in ea, adorare bestiam primam* » (Ap 13,11ss.)

programa, a magisterio. Lo que, por su inusitada gravedad, nos insta a abocarnos a una segunda y conclusiva consideración.

Sabedores de que no podemos arriesgar una neta identificación hasta que los términos de la misma resulten suficientemente comprobados en la realidad de los hechos, lo cierto es que contamos con las profecías acerca de los eventos esjatológicos para aliento de nuestra esperanza y alivio de nuestra desazón. Y ante esta crisis de la Iglesia, que ha sido llamada su « Pasión » a imagen de la que cupo sufrir a quien es su Cabeza mística (con el papel del entregador, del sumo sacerdote, de la chusma deícida y de la soldadesca burlona y despiadada condensadas todas en la figura y la actuación de aquel que se supone sucesor del Príncipe de los Apóstoles), urge un repaso a algunas nociones no siempre del todo recordadas.

Habrà que presentar por caridad a aquellos católicos que aún mantienen cierto hábito mental de aplicar a la figura del Anticristo un piadoso extrinsecismo, imaginándolo remotamente ajeno a la Iglesia y suscitando contra ella una persecución del todo exógena, la posible y aun muy posible pertenencia del esjatológico adversario a la estructura visible de la Iglesia: esto no obsta en modo alguno a una recta eclesiología, y más cuando advertimos que, por permisión de Dios, la cizaña ha invadido el trigal hasta el punto de confundirse con él. No nos detendremos en la distinción entre el poder político y el poder religioso conmlitones en la lucha contra Cristo Rey (i.e., las « dos bestias » del Apocalipsis), aplicándoles genéricamente a ambos el mote de « Anticristo », contra el uso habitual de señalar con él al solo poder civil erguido contra el Señor¹.

¹Es de recordar que la expresión « anticristo » aparece en la Escritura sólo en las dos primeras cartas de san Juan, referida -en plural- a los negadores del Padre y del Hijo (I Jo 2,22), espíritus que « disuelven a Jesús » (4,3), seductores que rechazan la Encarnación (II Jo 1,7). Siendo que « estaban con nosotros pero no eran de los nuestros » (I Jo 2,19), al modo de los heresiarcas, si hubiera que aplicarle la misma nota al Anticristo singular, la procedencia eclesiástica del mismo parece casi obvia.

Sin entrar a revistar las profecías privadas más atendibles que indican la universal prevaricación del clero en los tiempos últimos, algunas de las cuales sitúan al Anticristo como salido de las filas de la misma Iglesia (santa Hildegarda de Bingen, Nuestra Señora del Buen Suceso, beata Ana Catalina Emmerich y Nuestra Señora de la Salette, entre otras) y abocándonos entonces sólo a las profecías canónicas que aquéllas se sirven explicitar, valdrá la pena detenernos en II Thess 2, 3ss., seguramente el pasaje escriturístico que ofrece el pormenor más significativo para nuestro propósito: « *antes ha de venir la apostasía y manifestarse el Hombre de pecado, el Hijo de la perdición, el Adversario, que se levantará sobre todo lo que se llama Dios o tiene carácter religioso, hasta sentarse en el templo de Dios, haciéndose pasar a sí mismo por Dios* ».

Aunque pudiera tratarse de un retrato fácil de atribuir a un prelado católico tan reo de apostasía como exitoso en sus planes perversos, y esto por tratarse de la única dignidad a la que le asistiría la prerrogativa de « sentarse en el templo de Dios », podría objetarse que el pasaje paulino no excluye de suyo la posibilidad de una usurpación violenta del cetro digamos papal, de parte de una potencia hostil al papado que ocupara sus edificios por la fuerza, como pudo ocurrir en los casos de Enrique IV, de Federico II Hohenstaufen o de Garibaldi.

Es san Agustín quien trae una precisión léxica notable que confirma la presunción contraria, a saber: « ¿en qué templo de Dios se sentará? No sabemos si será en las ruinas del templo de Salomón o en la Iglesia. Es claro que el Apóstol no llamaría templo de Dios al templo de algún ídolo o del demonio. Por eso algunos pretenden que este pasaje que habla del Anticristo se entiende no del príncipe, sino de todo su cuerpo, o sea, de la multitud de hombres que pertenecen a él, con él a la cabeza. Y creen que es más correcto seguir el texto griego y decir en latín no *in templo Dei* (en el templo de Dios) sino *in templum Dei sedeat* (se tiene por templo de Dios), como si el Anticristo fuera el templo de Dios, que es la Iglesia. Así decimos: *sedet in amicum* (se tiene por amigo) y otras locuciones semejantes » (*De civitate Dei*, XX, 19, §2).

Se tiene por templo de Dios: una Contraiglesia que, como la entrevista por monseñor Fulton Sheen, sería presidida por el Anticristo. Y que, para mayor engaño de las almas arrastradas a la perdición, sería tenida como la Iglesia Católica: tan lograda la sustitución. Entre los Santos Padres que se ocuparon de precisar el contexto y el tono de esta suprema impostura debe recordarse a san Isidoro de Sevilla, para quien « las grandes fuerzas espirituales de la Iglesia se verán interrumpidas antes de que aparezca el Anticristo ». San Ireneo de Lyon, que quizás por su proximidad con la generación apostólica creía ver en el « templo de Dios » al de Jerusalén reconstruido (no había entonces templos para la Iglesia proscrita; san Agustín, como lo vimos, repite con alguna duda esta atribución), precisó que el Contracristo, que se encargará de devastarlo todo durante su reinado de tres años y medio, « resumirá en sí toda apostasía », expresión que encuentra eco en la definición que san Pío X dio del modernismo: « compendio o resumen de todas las herejías ». Y san Efrén el sirio, anticipándose en mucho a Soloviev y a Benson, entrega una aproximación a la afectada *bon-homie* del Enemigo: « complacerá torcidamente a todos, no aceptará prebendas, no mostrará favoritismo hacia las personas, será amable con todos, calmo en todas las cosas, no querrá regalos, parecerá afable con el prójimo de modo que todos lo alabarán diciendo: ¡he aquí un hombre justo! ».

Nosotros, con una perspectiva mucho más próxima, ya podemos afirmarlo sin conjeturas: el Anticristo, desertor frenético de la eternidad, propondrá la colectivización del individualismo (o, lo que es lo mismo, la cuadratura del círculo): un indulto para evadirse del orbe de la justicia y la verdad con la simulación de que esto no acarreará más dolencias sociales. Tendrá por honrosa la condición de pecador por ser propia del hombre, pero a los hombres -¡oh, inconsecuencias de la conciencia moderna!- los tendrá por bestias para su provecho.

La Escritura, por lo demás, nos adelanta un rasgo visiblemente actual de la Bestia terrestre: « tenía dos cuernos como de cordero, pero hablaba como dragón » (Ap 13,11), es decir, con aquella

insidia propia de quien rehúye las definiciones incómodas y se dispone a halagar los ajenos oídos con cantos de sirena. Podría incluso decirse patente hasta el horror el bilingüismo viperil bajo las mitras que emulan los « dos cuernos como de cordero »: no otra cosa sugiere aquella duplicidad que resulta de sostener una cosa y su contraria, oficio que los ásperos retos de la supervivencia le han impuesto a la Jerarquía del último medio siglo y que Francisco ejecuta a toda prisa con desenvoltura de perito (v.g. protestando “no meterse en política” cuando se trata de condenar la sanción de una ley perversa, pero interviniendo de hecho y abusivamente en política al declamar su apoyo o su rechazo por tal o cual candidato presidencial en su nación o en las ajenas).

Todos los rasgos arriba previstos, huelga decirlo, se adecuan inmejorablemente a Bergoglio como para pasarlos por alto sin más. Ni deja incluso de ser un dato providencial que una nación apenas bicentenaria como la Argentina, sesenta o setenta años antes de ver coronado a este engendro de las miserias de su prematuro ocaso, tuviese a dos grandes escritores que abordaron con probidad y fina fantasía el tema esjatológico. En dos de sus conocidas novelas, Hugo Wast hizo del último (y espurio) papa un argentino preocupado en reconciliar el mundo con la religión, un adulator de musulmanes y judíos a quienes siempre disuadía de convertirse, un activista feroz encaminado a una reforma total de la Iglesia según su despótico arbitrio. Simón de Samaria devino así, por indiscutible mérito, el soporte religioso del Anticristo político.

Castellani, por su parte, habla en *Su Majestad Dulcinea* de dos papas contemporáneos en los días pre-parusíacos: el ilegítimo había tomado el nombre -único entre sus predecesores- de Cecilio I; el legítimo, desde su exilio hierosolimitano el de León XIV. Luego Castellani retrataría a un inesperado papa argentino en otra novela, *Juan XXIII (XXIV)*, personaje en el que se encontraron sorprendentes semejanzas exteriores con Bergoglio pero sin identidad de espíritus, lo que dio pie a sospechar que este último, una vez hecho papa, habría tratado de configurar su propia imagen pública según la fantasía de su genial coterráneo.

No obstante estas sorprendentes coincidencias, valdrá la pena aludir a un aspecto de las ultimidades especialmente escrutado por Castellani y que hoy adquiere vigencia en términos quizás poco sospechados por él. No es necesario recordar la repulsa del modernismo que el autor ha hecho reiteradamente en su obra: Castellani no perdió ocasión de alarmar sobre este radical disolvente de nuestra fe. También se abocó por extenso al fenómeno del fariseísmo, haciendo de la oposición de los fariseos a Jesús un drama sacro que se repetiría en análogos términos hacia el fin de los tiempos, cuando la Iglesia se vería desvirtuada -como la Sinagoga en los días de la Redención- y su santidad combatida por la acción de este formidable adversario intestino.

Pues bien: lo que hoy por hoy se ha concretado ante nuestros ojos, difícilmente anticipable unas décadas atrás, es la confluencia de modernismo y fariseísmo, hecha posible por la inopinada fortuna de una herejía cuyos suscriptores acabaron por hacerse con el gobierno eclesiástico. Porque todos los vicios anejos desde siempre a la profesión religiosa (clericalismo, simonía, favoritismo, mundanidad, apetito desordenado de honra, etc.), todos han sido puntillosamente asumidos por éstos que voceaban las grandes consignas del “cambio”.

Con la terrible añadidura de la inversión antropolátrica del misterio: en adelante, los conceptos que informan la doctrina de Cristo serán usados para demoler la fe (la misericordia será un salvoconducto universal para pecar, la Resurrección un « resurgimiento », los milagros de Nuestro Señor otras tantas alegorías de la « solidaridad », etc.). Si el fariseísmo es, ante todo, hipocresía, y si las virtudes religiosas de antaño, caídas en desprecio y olvido, ya no sirven para recomendar a nadie, el progre-fariseísmo cultivará la apariencia de virtud según una tabla de valores de cuño masónico presentada a las masas por una eficaz campaña publicística. Con el resultado de que hoy ya no pueden emplearse las palabras que el Señor usó en relación con aquellos sus enconados enemigos: « haced lo que ellos dicen pero no lo que ellos hacen », pues ni siquiera lo que éstos dicen es digno de aprobación.

En verdad, y para mayor humillación de la Iglesia fiel, no cabe afirmar que la impostura de Bergoglio resulte apropiada a un adversario de fuste, tan al desnudo queda su mecanismo en cada una de sus desdichadas intervenciones. De modo que los finos rasgos con que supieron decorarlo algunos de los más acreditados exegetas parecen quedarle muy holgados¹: Francisco, sin dejar por ello de ser un eficazísimo demoleedor, resulta el Falso Profeta más adecuado a los gustos de unas turbas criadas en la sensiblería de las telenovelas y en el embotamiento de los conciertos de rock. O un catalizador grosero y desgredado de aquellas novedades conciliares traficadas sin respiro durante medio siglo a instancias del terrorismo de la obediencia.

La blasfema aspiración a integrar la Iglesia católica en una entidad más universal identificable con ese monstruo llamado “humanidad” (conjunto nunca lo bastante abarcativo como para asumir a

¹ En un precioso opúsculo editado en 1905, el Abbé Augustin Lémann insiste en la necesidad de ahorrarle rasgos escabrosos al semblante del Adversario: si éste gozará de ascendiente sobre las turbas, será sobre todo por sus encantadoras apariencias. Apliquemos las mismas atribuciones al Falso Profeta, a quien bien le cabrían en virtud de su oficio, tan asociado al uso de la palabra: « entre las bellezas seductoras, Daniel y el Apocalipsis concuerdan en describir como más dañosas la belleza de la voz y la elocuencia. “Y le fue dada a la Bestia una boca para decir cosas grandes”. ¡Cosas grandes! Los intérpretes atribuyen generalmente a estas expresiones el sentido de palabras exorbitantes, de palabras de orgullo, de rebelión..., enormidades. Pero la palabra hebrea empleada por Daniel -significando « grandísimo »- indica que puede también tratarse de palabras sublimes, elocuentes y fascinantes. El ángel caído, habiendo elegido al Anticristo como jefe visible de lasuprema batalla a librar contra Cristo y su Iglesia, le comunicará alguna de las bellezas naturales e incomparables que el Edén contempló alguna vez con estupor en Lucifer, bellezas que no le fueron quitadas, pero de las que él abusa para hacer el mal. Bajo esta influencia oculta, lo sublime, en la boca del Hijo de perdición, se unirá a la blasfemia; y esta tentación de lo sublime será tan atrayente que los mismos elegidos serán engañados, si esto fuera posible » (*L'Antéchrist*, II, 1, quatrième certitude). La precipitada declinación del gusto y de los hábitos en la sociedad de masas, la plebeyización radical del alma, han vuelto extemporánea esta previsión de Lémann. El suceso de Francisco demuestra que bastan dotes mucho más módicas para alcanzar el resultado previsto.

quienes acometen la rara obra de su santificación personal), esta aspiración, decimos, parece haber encontrado al fin en Francisco a su dechado y su bufón. « Creyentes y no creyentes », fórmula socorrida por la *Gaudium et spes* para expresar esa mancomunidad espuria, es empleada a menudo por Francisco para aviar nuevas e inexploradas convergencias.

Esta inaudita crisis de la Iglesia, donde bullen como magma todos los desafueros clasificables, nos hace « levantar los ojos a los montes » (Sal 121, 1) aguardando la manifestación gloriosa que el Señor nos tiene prometida y que será, como en los días de la Creación, un separar la luz de las tinieblas. Pues así como « es necesario que haya herejías » para que, en su contraste, brille la Verdad con mayor diafanidad, así es necesario el triunfo efímero del Anticristo, para que la Parusía corone la paciencia y la fidelidad de los que esperan aquel Reino que no es de este mundo sino del venidero.

Flavio Infante

INTRODUCCIÓN

Hoy: la devastación

« Enemigos llenos de astucia han colmado de oprobios y amarguras a la Iglesia, esposa del Cordero inmaculado, y sobre sus bienes más sagrados han puesto sus manos criminales. Aun en este lugar sagrado, *donde fue establecida la Sede de Pedro y la cátedra de la Verdad que debe iluminar al mundo, han elevado el abominable trono de su impiedad con el designio inicuo de herir al Pastor y dispersar al rebaño*¹. » (León XIII)

« Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se pone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto? Y ahora *vosotros sabéis lo que lo detiene*, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; *sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que sea quitado de en medio*. » (2 Tes. 2, 1-7)

« Y vi otra bestia que subía de la tierra; tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero *pero hablaba como un dragón*. » (Apoc. 13, 11)

¹ Extracto de la *Súplica a San Miguel Arcángel*, contenida en el *Exorcismo contra Satanás y los otros ángeles caídos*, publicada en las *AAS* de 1890, p. 743 : <http://www.vatican.va/archive/ass/documents/ASS-23-1890-91-ocr.pdf> en el *Ritual Romano* de 1903, p. 227 : <http://saintmichelarchange.free.fr/exoleon.htm>, traducción castellana tomada de : <https://www.aciprensa.com/recursos/las-oraciones-de-leon-xiii-a-san-miguel-arcangel-por-la-iglesia-1268/>

« Vivir y dejar vivir es *el primer paso* hacia la paz y la felicidad¹. »

« Yo creo en Dios, no en un Dios católico: *no existe un Dios católico*². »

« Todo ser humano posee su propia visión del bien y del mal. Nuestra tarea reside en *incitarlo a seguir el camino que considere bueno*³. »

« Este buscar y encontrar a Dios en todas las cosas deja siempre un margen a la incertidumbre. *Debe dejarlo*. Si una persona dice que ha encontrado a Dios con certeza total y ni le roza un margen de incertidumbre, *algo no va bien*⁴. »

« Respecto a los panes y los peces quisiera agregar un matiz: *no se multiplicaron*, no, no es verdad. Simplemente los panes no se acabaron. Como no se acabó la harina y el aceite de la viuda. No se acabaron. Cuando uno dice multiplicar puede confundirse y *creer que hace magia*⁵. »

« Si un niño recibe su educación de los católicos, protestantes, ortodoxos o judíos, *eso no me interesa*. A mí lo que me interesa es que lo eduquen y le quiten el hambre⁶. »

« Dialogar no significa renunciar a sus propias ideas y tradiciones, pero sí a *la pretensión de que sean únicas y absolutas*⁷. »

¹ Respondiendo al periodista Pablo Calvo para la revista *Viva* el 7 de julio de 2014.

² Entrevista con Eugenio Scalfari el 24 de septiembre de 2013, publicado el 1 de octubre en *La Repubblica*.

³ *Ibidem*.

⁴ Entrevista con el Padre Antonio Spadaro s.j. director de la *Civiltà Cattolica* el 19, 23 y 29 de agosto de 2013.

⁵ Al Comité Ejecutivo de *Caritas Internationalis* el 16/5/2013.

⁶ Entrevista con Gerson Camarotti de la televisión brasileña en julio de 2013 durante las *JMJ* de Río de Janeiro.

⁷ Mensaje para la 48 Jornada mundial de las comunicaciones sociales: *La comunicación al servicio de una auténtica cultura del encuentro* el 1 de junio de 2014.

« *El mundo ha cambiado* y la Iglesia no puede encerrarse en *supuestas interpretaciones del dogma*¹. »

« No podemos seguir insistiendo sólo en cuestiones referentes al aborto, al matrimonio homosexual o al uso de anticonceptivos. *Es imposible*². »

« El proselitismo es una solemne necesidad, *no tiene sentido*. Es necesario conocerse, escucharse y hacer que el conocimiento del mundo que nos rodea crezca. [...] *Esto es importante*, conocerse, escuchar, ampliar el marco de los pensamientos³. »

« Francia debe volverse *un país más laico* [...] Una laicidad sana implica la apertura a todas las formas de trascendencia, según *las diferentes tradiciones religiosas y filosóficas*. Además, incluso un ateo puede tener una vida interior⁴. »

¹ Entrevista con Joaquín Morales Solá el 5 de octubre de 2014 publicado en *La Nación*.

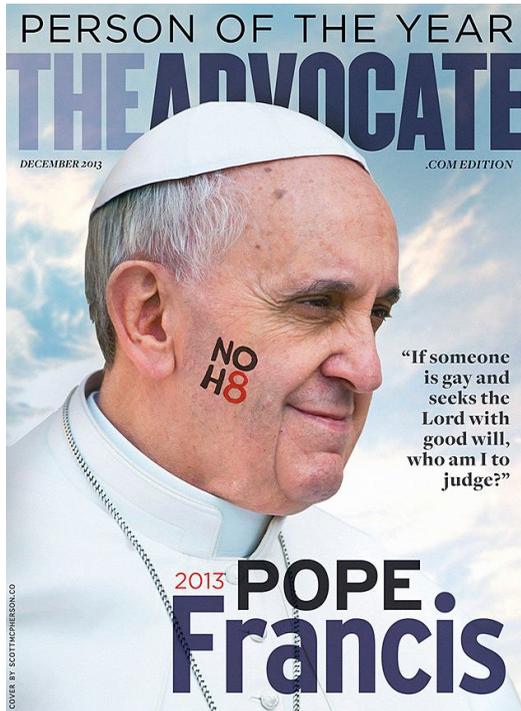
² Entrevista con el Padre Antonio Spadaro s.j. director de la *Civiltà Cattolica* el 19, 23 y 29 de agosto de 2013.

³ Entrevista con Eugenio Scalfari el 24 de septiembre de 2013, publicado el 1 de octubre en *La Repubblica*.

⁴ Audiencia del 1/3/2016 con una delegación de miembros de la agrupación política francesa *Poissons roses*, socialistas que se dicen de « tradición cristiana ».

EL EXTRAÑO PONTIFICADO DEL PAPA FRANCISCO

13/03/2014



« Hombre del Año 2013 » para el lobby LGBT

Hoy se cumple un año de la elección del cardenal Bergoglio al sumo pontificado. Año insólito por donde se lo mire y que parecería haberse prolongado una eternidad, considerando los innumerables dichos y hechos de nítido sesgo revolucionario que Francisco no ha dejado de perpetrar ni tan siquiera un sólo día desde aquel inaudito « buona sera » del miércoles 13 de marzo de 2013 pronunciado desde la loggia de San Pedro. Saludo profano de alto contenido simbólico, a partir del cual el transcurso del tiempo apenas si ha logrado resistir el frenesí y el vértigo bergoglianos. Acción incesante y palabra incontenente, estruendosas y confusas, semejantes al torrente en la cascada, devorado por la fuerza del vacío que lo aspira irresistiblemente, en un torbellino en el que ya nada puede percibirse con nitidez ni escapar al caudal mortífero que todo lo succiona. Largos estudios teológicos merecerían

sus dudosas empresas, conducidos por la pluma talentosa y erudita de algún apologista de fuste, que quizás la Divina Providencia se dignará en su misericordia infinita a enviarnos, para esclarecer nuestras aletargadas inteligencias con sus luminosas enseñanzas. A la espera de que ello ocurra, me atrevo a hacer público este modesto artículo, en el que he intentado suplir con trabajo serio y minucioso la escasez de talento y compensar una ciencia exigua con el amor incondicional y sin reservas por la verdad ultrajada.

Nota previa: Desde la publicación de este artículo, mi posición respecto a Francisco se ha modificado. El motivo es el siguiente: Nuestro Señor rezó por la fe de Pedro y le atribuyó la misión de confirmar la de sus hermanos: « *Simón, Simón, he aquí Satanás que os busca para zarandearos como a trigo. Pero Yo he rogado por tí para que tu fe no desfallezca. Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos.* » (Lc. 22, 31-32) Pío IX cita estas palabras de Nuestro Señor en la Constitución Dogmática *Pastor Aeternus*, del Concilio de Vaticano, el 18 de julio de 1870 : « *Así el Espíritu Santo fue prometido a los sucesores de Pedro, no de manera que ellos pudieran, por revelación suya, dar a conocer alguna nueva doctrina, sino que, por asistencia suya, ellos pudieran guardar santamente y exponer fielmente la revelación transmitida por los Apóstoles, es decir, el depósito de la fe. Ciertamente su apostólica doctrina fue abrazada por todos los venerables padres y reverenciada y seguida por los santos y ortodoxos doctores, ya que ellos sabían muy bien que esta Sede de San Pedro siempre permanece libre de error alguno, según la divina promesa de nuestro Señor y Salvador al príncipe de sus discípulos: “ Yo he rogado por ti para que tu fe no falle; y tú, cuando hayas regresado, fortalece a tus hermanos”. Este carisma de una verdadera y nunca deficiente fe fue por lo tanto divinamente conferida a Pedro y sus sucesores en esta cátedra, de manera que puedan desplegar su elevado oficio para la salvación de todos, y de manera que todo el rebaño de Cristo pueda ser alejado por ellos del venenoso alimento del error y pueda ser alimentado con el sustento de la doctrina celestial. Así, quitada la tendencia al cisma, toda la Iglesia es preservada en unidad y, descansando en su fundamento, se mantiene firme contra las puertas del infierno ».*

En consideración de esta doctrina de fe católica, enseñada por Nuestro Señor en la Sagrada Escritura y por el magisterio

solemne e infalible de la Iglesia, me resulta de ahora en más imposible seguir viendo en Francisco al verdadero Sucesor de San Pedro, al Soberano Pontífice de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra. Muy por el contrario, considero que se trata de un hereje, de un impío y de un apóstata, de un enemigo acérrimo de Dios, de su Santa Iglesia y de la salvación de las almas. Sin embargo, he decidido no modificar el presente artículo, pues estimo que, habiendo efectuado esta aclaración indispensable, el mismo conserva perfectamente su utilidad a los efectos de ilustrar la heterodoxia radical y la impiedad notoria que caracterizan el discurso y los actos de Jorge Mario Bergoglio. Finalmente, me veo obligado en conciencia a afirmar públicamente que, para conservar la fe católica, es menester mantenerse alejado de este falso profeta, pues a través de sus doctrinas heréticas y de sus acciones escandalosas y sacrílegas conduce a los católicos de manera inexorable a la apostasía. *« Hay algunos que os perturban y que pretenden pervertir el Evangelio de Cristo. Pero si nosotros o un ángel del cielo os anunciase un evangelio distinto del que os hemos anunciado, que sea anatema. »* (Gal. 1, 7-8)

Introducción. Como católico, verme en conciencia obligado a emitir críticas hacia el papa me resulta sumamente doloroso. Y la verdad es que sería muy feliz si la situación de la Iglesia fuese normal y no encontrase por consiguiente ningún motivo para formularlas. Desafortunadamente, nos hallamos confrontados al hecho incontestable de que Francisco, en apenas un año de pontificado, ha realizado numerosísimos gestos atípicos y ha efectuado un sinnúmero de declaraciones novedosas y por demás preocupantes.

Los hechos en cuestión son tan abundantes que no resulta posible tratarlos todos en el marco necesariamente restringido de este artículo. A la vez, no es tarea sencilla limitarse a escoger sólo algunos de ellos, ya que todos son portadores de una carga simbólica que los vuelve inauditos a la mirada del observador atento y sintomáticos de una situación eclesial sin precedentes en

la historia. Tras ardua reflexión, he retenido cinco que me parecen ser los mejores indicadores de la tonalidad general que es posible observar en este nuevo pontificado.

Esos hechos se agrupan en cinco temas diferentes: el islam, el judaísmo, la laicidad, el homosexualismo y la masonería. Tras haberlos expuesto en ese orden, intentado hacer ver en qué medida son indicadores de una inquietante anomalía en el ejercicio del magisterio y de la pastoral eclesiales, expondré de manera más sucinta otra serie de dichos y hechos que permitirán ilustrar aún más, si acaso fuera posible, la heterodoxia radical que trasuntan los principios y la praxis bergoglianos.

1. La cuestión del islam. El 10 de julio de 2013 Francisco envió a los musulmanes de todo el mundo un mensaje de felicitaciones por el fin del ramadán. Debemos precisar que se trata de un gesto que jamás se había producido en la Iglesia Católica antes del Concilio Vaticano II. La razón es muy sencilla, y por cierto manifiesta para cualquier católico que no haya perdido completamente el *sensus fidei*: los actos de las otras religiones carecen de valor sobrenatural y, objetivamente considerados, no pueden sino alejar a sus adeptos del único camino de salvación: Nuestro Señor Jesucristo.

¿Cómo no estremecerse de espanto al escuchar a Francisco decir a los adoradores de «Allah» que «*estamos llamados a respetar la religión del otro, sus enseñanzas, sus símbolos y sus valores*»? Es imposible dejar de comprobar la distancia insalvable que existe entre esta declaración y lo que nos enseñan los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas de San Pablo... Que se deba respetar a las personas que se encuentran en los falsos cultos, eso cae de su peso y nadie lo discute, pero que se promueva el respeto de falsas creencias que niegan la Santa Trinidad de las Personas Divinas y la Encarnación del Verbo de Dios es algo insostenible desde el punto de vista del magisterio eclesiástico y de la revelación divina.

Sin embargo, es menester reconocer que en este punto no se puede tildar a Francisco de innovador, ya que no hace más que